

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

50

CESAR ZUMETA
EL CONTINENTE ENFERMO



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

CESAR ZUMETA
EL CONTINENTE ENFERMO



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

CESAR ZUMETA (1860-1955) escritor venezolano, pertenece al decir de Domingo Miliani, a la Segunda Promoción de intelectuales formados en el positivismo de los que fueran maestros Adolfo Ernest, y Rafael Villavivencio. Pero Zumeta es algo más que un positivista, su pensamiento se enfrenta al gran problema que se plantea a la generación latinoamericana a la cual también pertenece. La de José Martí, Enrique Rodó, Manuel Ugarte, José Vasconcelos y otros. Como ellos, habla de volver a la propia realidad y no tratar de imitar realidades extrañas, lo cual sólo puede conducir a nuevas formas de dependencia. Zumeta es testigo al finalizar el XIX del expansionismo de los Estados Unidos sobre el Caribe desplazando a España de sus últimas colonias, Cuba y Puerto Rico. Zumeta escriben en diversos diarios, incluyendo los Estados Unidos en los que se advierte sobre el nuevo peligro.

La victoria bolivariana en Ayacucho termina, en su opinión, con la derrota española en Manila, Filipinas y Santiago de Cuba. Esta nuestra América es ya objeto de un nuevo reparto colonial. Los Estados Unidos se aprestan a cumplir su misión colonizadora tomando el lugar de imperios ya caducos. Los publicistas estadounidenses hablan ya de sacar del Caribe y de América, a los últimos representantes del viejo colonialismo, Inglaterra, Francia, Holanda y España. La nueva nación se siente destinada a conducir un nuevo imperio. El mundo Occidental reinicia su carrera de dominio. Bolívar ya había previsto los peligros que las tierras de esta América correrían por obra de las ambiciones de los imperios, "De los pueblos débiles de la tierra dice Zumeta los únicos que faltan por sojuzgar son las repúblicas hispanoamericanas". Tal escribe desde Nueva York en 1899. Martí ha muerto luchando contra el viejo imperialismo español pero previniendo a esta América de los peligros del nuevo. El neo-imperialismo ha mostrado ya sus ambiciones en su triunfo sobre España. Se impone una nueva dominación a los pueblos que se creían liberados.

EL CONTINENTE ENFERMO

César Zumeta

La libertad de las Antillas españolas es el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la República Norteamericana.

José Martí

¿Peligra la independencia de las repúblicas de la América intertropical?

Ominosos presagios lo anuncian y no hay indicio de que los pueblos amenazados se apresten a conjurar la catástrofe.

Históricamente la era inaugurada para nuestra América con la victoria de Ayacucho ha sido cerrada con las jornadas de Manila y de Santiago.

En 1823-1824 nuestra independencia fue afirmada por el triunfo de las armas libertadoras, y garantizada por las declaraciones que hicieron a Europa, Canning, en nombre de Inglaterra, y Monroe, en el de los Estados Unidos.

Contenida la Santa Alianza, y ocupada luego Europa con el proceso posnapoleónico de la restauración, las rectificaciones de fronteras y los sucesivos acomodamientos de su equilibrio interno provocados por las cuestiones de Oriente, de la unidad italiana y de la hegemonía de Prusia, no corría riesgo de agresión extraña nuestra independencia, mientras los Estados Unidos repudiaran la pretendida legitimidad del derecho de conquista.

En 1899, a raíz de Manila y de Santiago, los Estados Unidos declaran que poseían a Filipinas por derecho de *conquista* y, rota de hecho la tradición democrática que había sido una de las grandes fuerzas morales, y acaso la mayor honra de la República del Norte, se incorporó esta nación al grupo de las potencias colonizadoras.

El criterio democrático americano ha sido sustituido con el criterio monárquico europeo; y el resto de la América queda a la merced de las fuerzas complejas y múltiples que pone en juego el nuevo orden de cosas.

Las necesidades del progreso moderno les imponen a los grandes estados industriales, como condición de mantenimiento de su poderío, el deber de activar la producción de las

materias primas de que sus industrias se alimentan, y el de estimular, al propio tiempo, el comercio de sus productos.

Por cuanto es constante que esa doble capacidad productora y consumidora crece en cada pueblo en razón directa del grado de civilización alcanzado por ese pueblo, la tendencia moderna en la lucha por más amplios mercados, es la adquisición de territorios incultos, a fin de elevar, teóricamente al menos, el nivel de la civilización entre los pobladores de lo conquistado y explotar sus riquezas.

De ahí la repartición de las regiones bárbaras del Africa y del dominio de las viejas civilizaciones de Asia, a fin de colonizarlas o simplemente de aplicarles los sistemas políticos y fiscales que promueven el intercambio de productos. Precisamente en los momentos en que toca a su fin la tarea de delimitar las esferas de influencia en las tierras subyugadas, comparecen los Estados Unidos, como un gran factor más, declarándose heredero del imperio colonial de España, por razón de conquista, en Puerto Rico y Filipinas, y por anexión o protectorado, en Cuba.

Repartido ya el resto del mundo, los ojos ávidos se vuelven hacia la posesión de la América afligida, según Muhlhall, *por terremotos y revoluciones*: y la diplomacia eurpea solicitará necesariamente la anulación o modificación de la doctrina Monroe, y el arreglo con los Estados Unidos de un *modus vivendi* adaptable a la política imperialista de la Casa Blanca.

Esas negociaciones con su arreo de partijas territoriales versarán sobre el dominio de la América tropical, de sus canales marítimos, sus grandes vías fluviales, y las selvas cuasi vírgenes de sus hoyas hidrográficas.

Inútil es alegar cuestiones de derecho, cuando se trata de cuestiones de hecho.

La ley de las naciones no es tomada en serio sino entre las potencias cuyas fuerzas se equilibran; y como el único derecho que no prescribe es el de la fuerza, los tratadistas universalmente reconocidos en definitiva son Armstrong, Bange, Krupp.

La doctrina aceptada en el día presente puede ser enunciada así:

Los pueblos que no saben o no pueden explotar las riquezas de su suelo, y poblar las soledades que el acaso geográfico, o el político, encerró dentro de sus fronteras, menoscaban en esa medida la labor universal, y es altamente moralizador que los más aptos y laboriosos ocupen lo que la incuria mantiene ocioso. Los bosques son del leñador, los campos de quien los cultiva; los ríos de quien los canaliza y navega. Es la brega inmemorial de los pueblos y las razas que representan las más avanzadas formas del progreso, contra los pueblos y las razas

que representan los infinitos matices del estancamiento y la barbarie.

Y se pretende aplicarnos esa doctrina porque en Europa y en la América del Norte prevalece el criterio de que somos inhábiles para formentar los territorios que poseemos, según lo requieren los fines de la civilización actual.

Tal arraigo y universalidad ha cobrado ese pensamiento, que en el libro más reciente que sobre la materia se ha publicado¹ ya no se discute la oportunidad y conveniencia de expoliarnos, sino se estudia el sistema de vasallaje político y administrativo a que ha de sometérsenos.

Dice Kidd: "Lo que se disputaban las naciones, era la posesión de la tierra habitable por la raza blanca. Se inicia ahora otra gran rivalidad, la de heredar los trópicos, no en el sentido de poseerlos, porque ya los pueblos más civilizados de la tierra han dejado atrás ese criterio, sino en el de dominar esas regiones, según determinado plan".

Es, pues, tiempo de estudiar por cuáles medios hemos de conservar nuestra independencia.

*...Dov'è la forza antica,
dove l'armis, e il valore, e la costanza?*

...
*Nessun pugna per te? nom ti difende
nessun de' tuoi?*

LEOPARDI

Dos eran los deberes que nos imponía nuestra calidad de estados independientes y soberanos durante el ciclo transcurrido: la explotación de la riqueza pública para los fines de desenvolvimiento nacional, y la solución pacífica o violenta, cuando los medios pacíficos hubieren fallado de los problemas de la política interna.

Cuanto a política exterior, aparte la celebración de tratados de comercio y amistad y la fijación de fronteras, el deber primordial era acordarse entre sí las repúblicas de América, en el sentido de obtener una definitiva interpretación y promulgación de la doctrina Monroe, a fin de incorporarla a nuestro derecho público y hacerla perder su carácter exclusivamente norteamericano por virtud del cual constituía, en principio, una limitación de la soberanía de las demás repúblicas del continente.

¹ The control of the Tropics. The MacMillan Co., New York.

El siglo agoniza sin que hayamos llenado esos deberes.

El carácter de nuestra política interna y externa ha sido la imprevisión.

Desoídas fueron las voces que se alzaron aconsejando el agrupamiento de estos pueblos en una o varias confederaciones para la común defensa de su soberanía y resguardo de su integridad territorial.

Ni los gobiernos ni los partidos ni la prensa se han propuesto con alta seriedad un plan viable, una propaganda eficaz. Cada vez que el pensamiento ha surgido en las esferas oficiales han faltado aquel calor de convicción, aquella energía de propósito que, propagándose por contagio, determinan los grandes movimientos populares.

En el ánimo público cobró cuerpo la idea de que el peligro de desaparecer por absorción existía sólo en cerebros de pesimistas. El mito de que nuestras cualidades guerreras, las quiebras de nuestras montañas, el clima tórrido y sus insectos y sus pestes bastaría a dar razón del invasor, aquietó el sobresalto en los espíritus y, al arrullo de nuestras tradiciones de gloria, nos dormimos en el enervamiento de un fatalismo oriental, corruptor e ignaro.

La hora crítica de nuestra existencia nacional nos sorprende desapercibidos a la defensa.

En más de uno de nuestros países, el bosque y la maleza han recobrado tierra que les fue arrebatada por el hacha y la roza durante la Colonia: faltas de cultura intensiva han permanecido relativamente improductivas nuestras zonas agrícolas y criadoras; inexploradas están las selvas y el subsuelo opulento; entregada a un cultivo único y dando de mano a otro pingües y prometedores (plantas textiles, caña, algodón, añil, tabaco, caucho, trigo) hemos logrado que hasta el orden público dependa, en veces, de las fluctuaciones en el mercado de un fruto; por el afán de contratos con especuladores extranjeros hemos estimulado las más voraces formas del peculado, y por el monopolio hemos ahogado, en la cuna, las industrias; nos hemos hecho tributarios de banqueros y contratistas londinenses pagando cincuenta, ciento, y más, por lo que malamente vale uno; hemos atraído aventureros de ínfima ralea que se jactan de sabe por cuáles medios se obtiene la aquiescencia de ciertos altos funcionarios; fluctuando entre la anarquía y la dictadura hemos hecho precarias las garantías individuales, y la propiedad, y la vida, y, en consecuencia, la gran corriente migratoria mediterránea, adaptable y asimilable a nuestra zona y nuestra raza, ha fluido al norte y al sur, y esquivado nuestras costas. Nos alimenta hasta de frutos menores el norte, y nos viste el resto del mundo.

Con excepción de Venezuela, el papel moneda y la plata han

minado nuestras fuerzas, y sin excepción alguna, las reclamaciones internacionales y los empréstitos han paseado por el continente el espectro de la bancarrota, y nos han impuesto dolorosas derogaciones de derecho.

Así, en la postergación de todas nuestras potencialidades, y en el estímulo a todas las desviaciones de nuestras energías; con un incremento vergonzante de comercio, de producción y de población, y un aumento asombroso de la deuda pública; enamorados de altos ideales y reacios a practicarlos; adoradores de la fuerza como árbitro supremo; descalabrado el crédito; desprestigiadas la judicatura, la magistratura y las virtudes democráticas, nos hemos sentado al festín de la vida como los niños que rehúyen los alimentos fuertes por estarse a golosinas y a postres. Prestos a ofrendarnos en holocausto a toda causa, olvidados de cuanto concierne a nuestro propio interés de pueblo y de la raza, vamos nuestro camino cantando y guerreando como los bohemios del siglo y de la historia, y haciendo posibles los juicios severos que formulan respecto a nosotros los pensadores y publicistas europeos y anglosajones.

Tal es el extenso pliego de cargos formulable contra la América intertropical, a las postrimerías de la primera centuria de su vida independiente.

Alegan estos datos los que sustentan la doctrina septentrional de que es físicamente imposible crear una civilización progresiva en los trópicos. Postulado extremo a cuyo deplorable pesimismo contestan otros, con optimismo también extremo, "que el eje de la civilización universal volverá a situarse en los trópicos,² y que debemos tender a imitar a los septentrionales.

La verdad parece más bien estar entre estas dos afirmaciones igualmente aventuradas. El conjunto de las ciencias históricas nos enseña que la civilización no ha sido ni podrá ser jamás una en el planeta, sino varía de clima en clima, aun bajo

² Aun cuando no se acepte ninguna de las varias teorías que de Humboldt a Whitney han sido propuestas, acerca de cambios climatológicos ocurridos durante el período histórico, según las cuales la temperatura media del planeta es más elevada hoy que para la época de la aparición de los grandes imperios, subsiste el hecho de que el Egipto septentrional, centro del poder y la cultura de ese pueblo, el alto Punjab, de donde surgió la civilización indostámica, la Mesopotamia, Irán, no pertenecen por razón del clima a la zona tórrida.

Las líneas isotérmicas que ligan los focos de todas las civilizaciones antiguas y modernas, señalan un minimum de 4° y un maximum de 22° (centígrado) y forman una zona templada fuera de la cual el historiador del progreso humano nada o casi nada tiene que buscar para su obra.

Pero aun cuando Egipto y la Caldea y la India estuviesen fuera de esos isoterms, estarían dentro de la gran ley según la cual el hombre no prospera en el sentido de la actividad productora y del desarrollo armónico de la libertad y el orden, sino allí donde el medio físico le impone implacablemente, como condición de vida, el trabajo, la previsión y la economía. Olvidemos que la vecindad

la acción de un mismo centro político; y que los países tropicales deben aspirar únicamente a la que les es peculiar. El esfuerzo hecho por los habitantes de una región no puede ser mayor de lo que el suelo y el clima de esa región requieran. Por tanto, la intensidad de la lucha por la vida crece, necesariamente, a medida que el hombre se aleja de la línea ecuatorial, en la misma razón en que va haciéndose más pobre el suelo y más inclemente el clima. A esa diferencia de intensidad en el esfuerzo corresponde una diferencia de aceleración en la resultante que es el progreso. Es, pues, es grado de aceleración, en lo que tienen por fuerza que diferir las civilizaciones del trópico de las del septentrión.

Cualesquiera que sean las razas pobladoras, en la zona tórrida no imperará sino una civilización lentamente progresiva: cualquiera que fuese el esfuerzo hecho por asimilarla a la de las zonas templadas, fracasaría a la postre, vencido por algo inmanente e inexorable que nos obliga a mentenernos dentro del cuadro de la vida que el medio nos demarca; y que únicamente nos exige a propender a vivir en el decoro de la paz y el trabajo, a hacernos fuertes dentro de nuestra propia casa, y a ligarnos todos contra el invasor extraño.

¿Estamos nosotros cumpliendo con ese deber? ¿Contribuimos a la labor común del progreso? Esto es de suma importancia, ya que la solidaridad humana exige el esfuerzo común de todos los pueblos y todas las razas, so pena de que los flojos y los rezagados desaparezcan, o caigan bajo la ruda tutela del más fuerte.

Recordemos que no es nuestro criterio a este respecto el que importa conocer, porque no es ese el que priva en el mundo, ni el que entraña peligros para nosotros. Veamos cuál es la opinión de los extranjeros.

El criterio oficial, demostrado está en la forma en que en

del Himalaya, con sus perpetuas nieves, enfría una de esas regiones, olvidemos la altura del Punjab, rechacemos la hipótesis basada en la precesión de los equinoccios, queda en pie el hecho de las inundaciones periódicas o casi periódicas del Tigris y el Eufrates, del Indus y el Ganges y del padre Nilo, inundaciones que obligaron a los moradores de esas comarcas a proveer en tiempo sus graneros, y a fundar civilizaciones que no desaparecieron sino al contacto de otras más fuertes y resistentes

Sitúese el eje del mundo prehelénico de Babilonia a Tebas, hágasele girar luego hasta darle la dirección de Atenas a Roma, y véase que no fue nunca paralelo al Ecuador ni estuvo comprendido dentro de los trópicos

Según un autor ruso, cuyo nombre he olvidado, pero cuyos trabajos merecieron la aprobación sin reserva de Eliseo Reclus, esa línea media es hoy el isotermino 10°, en el cual están situados Chicago, Nueva York, Londres, Odesa y Pekín

En América la línea partía de las alturas de los Andes peruanos y pasando por las altiplanicies pobladas por los Muiscas, iba a Palenque y México.

ciertos casos nos imponen sus decisiones. El de los financista, los marcan las cotizaciones de nuestro crédito interior y exterior.

La prensa juzga "que somos incapaces de los altos requerimientos del progreso" y nos considera "semicivilizados". Esta opinión la suscriben los enciclopedistas británicos, y la comenta el publicista M. Godkin diciendo que "la masa en la América española es muy ignorante, y las clases dirigentes muy reducidas y muy corrompidas".

En Alemania se alude corrientemente a la necesidad de someternos. Odioso sería multiplicar las citas, y baste copiar la opinión que postula Kidd en su reciente monografía ya citada, respecto a nuestra inhabilidad para explorar, m menos civilizar nuestro territorio "Corporaciones y sindicatos extranjeros irresponsables manejan tras los depositarios del poder público las grandes empresas, y tienden al dominio político. Sólo dos palabras describen la situación: anarquía y bancarrota". Cita luego, aprobándolas, estas frases que copia del *Harper's* de Nueva York: "Son repúblicas en el nombre, pero en el hecho son campamentos militares desorganizados. El gobierno no tiene continuidad ni prestigio. Una casa exportadora, una empresa ferrocarrilera, o un banco de tres al cuarto extranjeros, se le imponen al ministro de finanzas, al presidente, al gobierno todo y, a veces, le dictan la ley al país".

Cecil Rhodes recomienda la conquista inmediata de la América española que, opinan otros, es incapaz de ofrecer resistencia digna de ser tomada en cuenta.

Otro, y terminemos, nos recuerda las palabras de Lecky:

"La prosperidad de las naciones se basa en la honestidad de la vida doméstica, en la integridad mercantil, en un alto patrón de dignidad moral y de espíritu público, hábitos sencillos, valor, honradez y aquella solidez y moderación de juicio que resulta tanto del carácter como de la inteligencia. ¿Quiere saberse si una nación progresa o decae? Obsérvese qué cualidades son más estimadas en la vida pública. ¿Los hombres llamados a los más altos puestos son personas de cuya conducta pueden hablar jueces competentes con genuino respeto? ¿Son sinceros en sus convicciones y de integridad indisputable? ¿Qué grado de estimación merece el buen proceder? Es observando esta corriente moral como puede hacerse el horóscopo de un pueblo".

Termine ahí la lista negra. Lo que no hemos hecho, dijo con razón Martí, es porque no hemos tenido tiempo para hacerlo, por andar ocupados en arrancarnos de la sangre las impurezas heredadas.

Bien sabemos que no están exentos de vigas en los ojos, los pueblos que señalan la paja en el nuestro. Vicios tienen ellos,

pero equilibrados por virtudes mayores que los llevan hacia adelante en los caminos del progreso.

Sabemos que también nosotros, en medio de muy hondas desventuras, tenemos una fuerza que sabiamente disciplinada es incontrastable: nuestras redentora, nuestra salvaje soberbia de independencia. Pero sepamos, además, que esa fuerza entregada a sí propia es insuficiente para la defensa; y que si la enumeración de nuestros extravíos no prueba que seamos inhábiles para defendernos, sí demuestra que debemos recurrir *incontinenti* a utilizar todas las fuerzas vivas de la raza, ante la inminencia del riesgo a fin de librarnos de la infamia de ser arrebiatados, a título de factorías, a estas colosales agrupaciones de miserías, o lacrimosas o maldicientes, y de opulencias cínicamente despótica. Hijos del trópico, debemos amarlo tal como él es, por sobre toda otra región del globo, y ser capaces de guardarlo contra esas civilizaciones del becerro de oro, en donde unos centenares de señores oprimen a millones de siervos asalariados, y se vive como en un infierno, en la perpetua agitación de miseria codicias, urgidos por el miedo al hambre; civilizaciones de banca, iglesia y cuartel salvados sólo por el puñado de sabios, de artistas y de soñadores que arroja sobre tanta desnudez la vestimenta de la luz del ideal.

“Si la batalla de Ayacucho no contiene a los franceses debemos prepararnos a una brillante guerra muy prolongada, muy ardua, muy importante.”

BOLIVAR

Si queda demostrado que está cerrada la era histórica durante la cual pudo la América Latina descuidar el deber de defenderse, y señaladas, además, las agencias que nos debilitan; si nuestras repúblicas están pobres de caudal, de población y de orden y los que codician su imperio están pletóricos de sangre y de tesoro, si la conquista está a la orden del día y la ocasión de intentarla a costa nuestra es propicia, justo es pensar que ante semejante perspectiva los gobiernos y los pueblos de América deben apercibirse a la defensa.

De nada vale argüir, repitámoslo, que la doctrina en nombre de la cual se pretende domeñarnos es invocada con jusuítico intento, que antes debieran europeos y norteamericanos civilizar y mejorar la condición de sus masas ignorantes o fanáticas o esclavizadas; que las aplicaciones de esa doctrina en los trópicos han sido brutales y contraproducentes. Vano es. Los acorazados no discuten.

Obtener un rápido cambio fundamental en nuestras costumbres públicas es poco menos que imposible: tender a ello sin descanso en nuestro deber, porque aun en este siglo del in-

dustrialismo y de la fuerza, los pueblos débiles, si por la excelencia de sus calidades morales merecen ser estimados, por ellas se imponen al respeto de los poderosos.

Una Suiza pendenciera y desordenada desaparecería al punto del mapa político de Europa. Suiza subsiste porque, con el mismo celo con que sus montañeses defenderían los desfiladeros de sus montañas, emulan a sus vecinos en las artes de la paz y en afán de progreso.

Argentina, que en el último cuarto de siglo ha duplicado su población, forjado ciudades, centuplicado sus rebaños y entregado al cultivo quince millones de acres, a pesar del suelo ingrato y del estrago periódico de la sequía y la langosta; Argentina, Chile y Uruguay no están expuestas al mismo peligro que nosotros.

México y Colombia, por sólo la organización superior de sus ejércitos, están mejor preparados a la resistencia que sus hermanas.

Los mejores esfuerzos de algunas repúblicas de Centroamérica pierden en la deplorable debilidad a que las condena su aislamiento.

Pero la historia militar del último tercio del siglo y, muy en especial, las guerras grecoturca e hispanoamericana, están llenas de enseñanzas útiles para los débiles: enseñanzas que pueden ser enumeradas así:

1. El clima y las ventajas del terreno y el valor del soldado no vienen a ser hoy aliados decisivos y factores apreciables en las batallas, sino a condición de que numéricamente y en punto a excelencia del material de guerra, sean comparables las furzas beligerantes.

2. El armamento moderno en manos inexpertas es casi inofensivo. Se requiere, junto con material de primera clase, gran pericia en el manejo; porque es el número de bajas infligidas al enemigo, por lo certero de la puntería, que depende el éxito de una carga y de una jornada.

3. La marina moderna es ineficaz contra fortalezas situadas a cierto ángulo de elevación, como lo prueban los Morros de San Juan y de Santiago, casi indemnes después de repetidos y terraficos bombardeos. Y están de acuerdo los expertos en considerar que un cañón bien servido en la costa vale por un acorazado.

Si se toman en cuenta estas lecciones, pareciera el consejo de la prudencia proceder sin pérdida de tiempo en cada república a la formación de la milicia nacional y a la adquisición de parque suficiente para armar la nación entera

Establecer sociedades de tiro en cada parroquia.

Crear academias militares.

Proceder al estudio de la defensa del territorio y de las costas

y los ríos.

Ver de convenir en un plan común de defensa entre los varios grupos geográficos del Centro y del Sur

Hecho esto ya se pensaría dos veces antes de atacarnos. Ya podríamos prevalernos de las rivalidades que dividen a las potencias y demarcar rumbos a nuestra política.

Podríamos defendernos y contar como con maravillosos aliados con cada ceja de monte y cada risco y cada efluvio palúdico. Entonces nuestra naturaleza sería baluarte, almenado por defensores heroicos aptos y equipados para desafiar a los apologistas de la fuerza y el mercantilismo, y recordarles que la historia no mide el poder que esclaviza, sino por la grandeza de la resistencia que liberta.

El despojo ha de ser sangriento para que el despojado sea agosto

Sin armas modernísimas y sin soldados disciplinados en su manejo, sólo nuestra sangre abonaría la tierra en beneficio de los explotadores.

Por lo demás, conste que si apenas se menciona en estas páginas la idea de las confederaciones americanas, de que somos fervorosos adeptos, es porque aun cuando las juzgamos indispensables, tanto fracaso han sufrido desde los días en que Francia Y Rusia las temían en el Congreso de Verona, y a la gran voz de Bolívar las pedía — que ya no cuentan en el mundo político, sino como un sueño tan vago como el de la alianza noble y bella de todos los pueblos que miran en la antigua Roma la madre común — alianza fuerte y generosa de todos *los hijos de la loba* contra todos los hijos del leopardo.

El deber inmediato es armarnos

El sentimiento de la necesidad de la defensa nacional debe privar sobre todos los celos de política interna; y la convicción de que no es un pueblo el que peligra, sino un continente y una raza, debe callar los egoísmos que pudieran imaginarse que sólo Nicaragua, o Panamá, el Amazonas o el Oronoco son las presas codiciadas.

Entretanto, recordemos que la gloriosa e infeliz España, en su reciente historia, corrió al encuentro de las más rudas desgracias que sobre ella se abatieron, por el sistema suicida de recurrir siempre tarde a los medios que, oportunamente aplicados, habrían sido salvadores.

Estos países van de prisa.

No vayamos nosotros lentamente.

Formidable es China. Sus cuatrocientos cincuenta millones de pobladores con sólo marchar hacia Occidente lo anonadarían. Rivalidades anglorusas parecían resguardar la integridad de su *hinterland*; y su poder de resistencia, que era una miste-

riosa incógnita, la mantenía en su cohesión de pulpo. Pero bastó que el Japón sacara a la vergüenza la debilidad de china, para que Europa, en sólo cuatro años, allanara el cúmulo de dificultades diplomáticas que se oponían a la reparación del litoral del celeste imperio, y se lo repartiera en unos pocos meses.

Estos países son voraces.

Seamos nosotros previsivos.

De los pueblos débiles de la tierra, los únicos que faltan por sojuzgar son las repúblicas hispanoamericanas.

Tas prolongada tregua se ha reabierto la era aquella, prevista por el libertador, "de una contienda general de los imperios contra la libertad"

Acállese ante el peligro común la discordia civil, y preparémos , a los setenta y cinco años de Ayacucho, a lo que Bolívar estuvo preparado el día siguiente de la victoria, "a una brillante guerra muy prolongada, muy ardua, muy importante".

Los fuertes conspiran contra nuestra independencia y el continente está enfermo de debilidad

El hierro fortifica.

Armémonos.

Con esta sola previsión podemos alejar el peligro, y aun conjurarlo

Es de nosotros mismos de quien depende nuestra suerte.

Nueva York. marzo de 1899.

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.,
Avenida 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979.
Se tiraron 10 000 ejemplares.

TOMO IV:

31. John L. Phelan, EL ORIGEN DE LA IDEA DE AMERICA. 32. José Gaos, ¿FILOSOFIA "AMERICA"? 33. Ezequiel Martínez Estrada, LA LITERATURA Y LA FORMACION DE LA CONCIENCIA NACIONAL. 34. José Carlos Mariátegui, ¿EXISTE UN PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO? 35. João Cruz Costa, EL PENSAMIENTO BRASILEÑO. 36. Simón Rodríguez, DEFENSA DE BOLIVAR (fragmento). 37. María Elena Rodríguez de Magis, LATINOAMERICA EN LA CONCIENCIA ARGENTINA. 38. Antonio Caso, MEXICO Y SUS PROBLEMAS. 39. Augusto Roa Bastos, IMAGEN Y PERSPECTIVAS DE LA NARRATIVA LATINOAMERICANA ACTUAL. 40. Bernardo Monteagudo, ENSAYO SOBRE LA NECESIDAD DE UNA FEDERACION GENERAL ENTRE LOS ESTADOS HISPANOAMERICANOS.

TOMO V:

41. José Figueres, LA AMERICA DE HOY. 42. Juan Bautista Alberdi, SOBRE LA CONVENIENCIA DE UN CONGRESO GENERAL AMERICANO. 43. Guillermo Francovich, SOBRE EL PORVENIR DE LA CULTURA BOLIVIANA. 44. Diego Portales, CARTAS SOBRE CHILE. 45. Frank Tannenbaum, ESTADOS UNIDOS Y AMERICA LATINA. 46. Alcides Arguedas, PUEBLO ENFERMO (fragmento). 47. Harold Eugene Davis, LA HISTORIA DE LAS IDEAS EN LATINOAMERICA. 48. Samuel Ramos, EL PERFIL DEL HOMBRE Y LA CULTURA EN MEXICO (fragmento). 49. Diego Domínguez Caballero, MOTIVO Y SENTIDO DE UNA INVESTIGACION DE LO PANAMEÑO.

**RECTOR**

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Leonel Pereznieta Castro

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

Lic. Elena Jeannetti Dávila

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

Dr. Efrén C. del Pozo